
Enrique Molina

ALLÍ ESTÁN

Traída de tan lejos por grandes nubes maternas
despierta a la orilla del mar la pequeña vivienda de madera,
desde su fatigado sueño sobre estacas,
y ningún muerto desolado entre las tablas y la luz salada,
y el bote partió a la pesca sobre las olas jubilosas con
las redes tendidas
en la majestad del vibrante día donde con dos pesadas trenzas
negras, ante la batea,
la mujer aletea hacia el horizonte cubierta de espuma, atenta
al alma de un pájaro en el follaje enardecido
—cobriza mujer de grandes pies para pisadas mortales y
seguras—
exaltando la dicha de vivir en la mañana acuática,
y allí están los dioses que azuzan la luz dentro del cielo,
dentro de la mosca y la serpiente nativa que canta su gozo
secreto,
dentro de las telas radiantes que visten las negras para
las grandes alabanzas
y el caliente prestigio de sus cuerpos llenos de mensajes,
dentro de la marisma y el cálido foco de la piedra,
dioses pasajeros con olor a cebolla y a cerveza,
para hundirse en los sueños del lugar, en el soplido
de la lluvia,
en el susurro del bosque nocturno donde el alma se posa
en la rama de un árbol,
dioses para el padre y la madre en medio de sus hijos
remadores,
para labios que balbucean juramentos insomnes,
que cantan y besan o beben las lágrimas en el sollozo
de las despedidas,
dioses dentro de los ojos y de los oídos
y en el ciego torbellino por la pasión de este mundo,
en el reluciente botín de la lluvia guiada a ras de las
dunas por una cabellera mojada,
a través de la piel, a través del aliento, a través de
las aguas,
a través de la vacilante casa de madera llena de un himno
resonante a la orilla del mar.

La revista *Tierra Adentro*, publicada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y por el Instituto Nacional de Bellas Artes de México, se ha dedicado al estudio y divulgación de la narrativa, el ensayo y la poesía escritos en América Latina, convirtiéndose en una de las publicaciones más cálidas y entusiastas dedicadas a las letras y las artes. **Correspondencia:** Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Cracovia 90, San Angel, C.P. 01000; México, D.F., México.

María Zambrano

POESIA Y MISTICA

Y si tan fácil le fue a San Juan el conocimiento, la poesía parece nacer en él con la naturalidad del agua en el deshielo. Es el resultado simplemente de su ascética. ¿Y no será que la poesía anda siempre aparejada con una mística: que sea ella misma en cierta manera una mística?

La poesía nace, como el conocimiento, de la *admiración*, mas no de la violencia. Aquellos que se admiraron de las cosas —de las “apariencias”— y no quisieron desprenderse de ellas para ir a la caza del ser oculto, fueron poetas. Pero es preciso decir que no se conformaron tampoco con las apariencias, porque propiamente eso que cierta filosofía nombra desdeñosamente “apariencias”, no existe. Nadie ve ni ama apariencias y si a veces es necesario decirlo frente a los que las desdeñan, es por eso no más: porque las desdeñan; pero, en rigor, lo que habría que decir es que no las hay. Como tampoco existe la “pura” materia, ni la “carne”; todo el que vive prendido de ellas, lo está de algo más que de lo que quieren señalar los que las abandonaron. Se trata únicamente de ahondar por diferente camino o, si se quiere, de ahondar sin renunciar a nada.

San Juan renunció, mas no por el camino de la filosofía. Fue el amor el que le apuró para que renunciara. La violencia aquí no se originó de la voluntad ansiosa de poderío, como sospechamos ocurrió en el conocimiento filosófico, en virtud de algunos fuertes indicios. Y esa tal vez sea la diferencia. Siempre que de la admiración primera se es arrancado por una violencia que no persigue el poder, el afán de dominación, se va a parar a la poesía y no al conocimiento racional. Y así, la unidad con que sueña el filósofo solamente se da en la poesía. La poesía es *todo*; el pensar escinde a la persona, mientras el poeta es siempre *uno*. De ahí la angustia indecible y de ahí también la fuerza, la *legitimidad* de la poesía.

Roberto Juarroz

POESÍA VERTICAL

3

El número uno me consuela de los demás números.
Un ser humano me consuela de los otros seres humanos.
Una vida me consuela de todas las vidas,
posibles e imposibles.
Haber visto una vez la luz
es como si la hubiera visto siempre.
Haber visto una sola vez la luz
me consuela de no volver a verla nunca.
Un amor me consuela de todos los amores
que tuve y que no tuve.
Una mano me consuela de todas las manos
y hasta un perro me consuela de todos los perros.
Pero tengo un temor:
que mañana llegue a consolarme
más el cero que el uno.

5

Hay fragmentos de palabras
adentro de todas las cosas,
como restos de una antigua siembra.
Para poder hallarlos
es preciso recuperar el balbuceo
del comienzo o el fin.
Y desde el olvido de los nombres
aprender otra vez a deletrear las palabras,
pero desde atrás de las letras.

Quizá descubramos entonces
que no es necesario completar esos fragmentos,
porque cada uno es una palabra entera,
una palabra de un lenguaje olvidado.

Y hasta es posible que encontremos en cada cosa
un texto completo,
un reservado y protegido texto
que no es preciso leer para entender.

10

Partículas en suspensión.

Partículas de polvo en un rayo de luz,
en una filtración de pensamiento
que desvela a la noche,
en una epifanía de gestos
que desmadejan al amor.

Partículas en suspensión.

Sólo la levedad demora la caída:
no llegar a ser un cuerpo,
no convertirse en discurso,
no cerrar el abrazo.

¿Habrán partículas tan finas,
tan leves, tan discretas,
que duren siempre en suspensión?